

Joss Stirling

Zed

*En toda historia de amor
hay dos voces...*

Finding love





Título original: *Challenging Zed*

Traducción: Leonel Teti

Dirección de proyecto editorial: Cristina Alemany

Dirección de arte: Paula Fernández

Armado: Tomás Caramella

Challenging Zed fue originalmente publicado en inglés en 2013.

Esta traducción se publica en virtud de un acuerdo con Oxford University Press.

©Joss Stirling, 2013

©V&R Editoras, 2014

www.vreditoras.com

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias y cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

Argentina: San Martín 969 10^a (C1004AAS), Buenos Aires

Tel./Fax: (54-11) 5352-9444 y rotativas • e-mail: editorial@vreditoras.com

México: Av. Tamaulipas 145, Colonia Hipódromo Condesa,

Delegación Cuauhtémoc, México D. F. (C.P. 06170)

Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621 • 01800-543-4995

e-mail: editoras@vergarariba.com.mx

ISBN 978-987-612-862-9

Septiembre de 2014

Stirling, Joss

Finding love. Zed. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: V&R, 2014.

E-Book.

Traducido por: Leonel Teti

ISBN 978-987-612-862-9

1. Narrativa Juvenil Inglesa. I. Teti, Leonel, trad. II. Título

CDD 823.928 3

Joss Stirling

Zed

*En toda historia de amor
hay dos voces...*

Finding love



Este e-book complementa la historia narrada en *Sky*,
primer libro de la Saga Finding Love.

Si alguna vez quisiste saber qué pensaba Zed cuando conoció a Sky,
¡esta es tu oportunidad! En este e-book se completa y comprende mejor
la relación entre almas gemelas que surgió en la primera entrega
de la Saga Finding Love. *Sky*.
Podrás conocer más sobre la vida del menor de los hermanos Benedict
y descubrirás lo que sintió cuando Sky entró en su vida.

Una historia de amor siempre se construye de a dos,
por eso es bueno escuchar ambas voces.

Por eso es bueno leer *Zed*.



Zed aceleró la motocicleta hasta que el motor protestó. Estaba furioso, necesitaba soltar el grito que tenía guardado dentro y estaba muy cerca de hacerlo.

–Tranquilízate, idiota –gritó Trace que estaba unos metros detrás de él, montado en su propia moto, persiguiéndolo a través del camino de tierra que llevaba a las Montañas Rocallosas–. ¿Tan desesperado estás por donar tu corazón a alguien?

–Eso no sucederá; al menos, no hoy –gritó Zed, las ruedas aplastando la gravilla mientras doblaba en una de las curvas demasiado rápido. Estar tan cerca del peligro lo emocionaba y su ira disminuía poco a poco; tenía que hacerlo otra vez.

–¡Solo porque puedas ver el futuro no significa que no vaya a intentar seguirte!

A un segundo de llegar a la siguiente curva, el instinto de Zed le advirtió que un grupo de caballos estaba cruzando. Clavó los frenos y dio un giro en U, lanzando piedras hacia el costado

del camino. Acostumbrado a los movimientos repentinos de su hermano, Trace lo imitó con elegancia, haciendo que su motocicleta se detuviera precipitadamente. Los dos se sentaron en la cuneta del camino mirando hacia el valle.

–¿Qué fue eso? –preguntó Trace con brusquedad.

–Caballos –respondió Zed y apagó el motor.

–Al menos aún tienes el suficiente sentido común como para no asustar a los vaqueros domingueros.

Trace apagó el motor y se tocó el bolsillo en busca de cigarrillos. Luego suspiró, recordando que había dejado de fumar. No lo había hecho desde que se unió al Departamento Policial de Denver. Ahora que ya era oficialmente miembro del lado salvaje, comenzaba a aburrirse de ser responsable.

Era irónico que el resto de la familia hubiera escogido a Trace para hablar con él sobre su comportamiento, reflexionó Zed. El muerto se ríe del degollado.

–Esperemos a que nos alcance Uriel –el motor emitía pequeños ruidos mientras se enfriaba.

–No me digas: ¿le pediste que venga a ayudarte? –Zed apoyó la motocicleta sobre el soporte y se bajó. El sol matutino de otoño le daba calor con su chaqueta de cuero, así que se la quitó y la arrojó sobre el asiento. El valle de South Fork estaba totalmente expuesto al sol, sin nubes donde esconderse; campos descoloridos, bueyes que apenas emitían una sombra donde estaban parados; mirando hacia el suelo, como si estuvieran plantados.

–No soy estúpido. Siempre eres más agradable con él.

–¿Tanto miedo doy que incluso un oficial de la policía necesita a alguien que lo ayude?

–Dímelo tú, Zed. ¿Debo estar asustado?

Su temperamento volvió a dispararse por lo que su hermano implicaba.

–Trace, ¿qué demonios quieres decir?

–Últimamente estás emitiendo señales raras. Ninguno de nosotros sabe qué sucede dentro de ti y cuando esto le ocurre a un savant con tu poder, un joven sensato como yo se preocupa.

Zed rio, pero su risa sonó vacía.

–Detente, eres un pesado.

–Hablo en serio. Tener dones como los nuestros es una responsabilidad. Pueden convertirte en una mejor persona o destruirte.

Sin mucho para decir, Zed miró hacia el camino en silencio, observando cómo Uriel se abría paso hacia la cima de la colina en su mountain bike. De todos sus hermanos, él era el ecologista. Prefería los músculos a la potencia. Debía haber dejado el jeep en el comienzo de la senda para luego seguir a las motos con gran esfuerzo.

–Aquí viene el Señor Galahad.

Por un momento, Zed se sintió unido a Trace por el chiste afectuoso sobre su hermano mayor, el chico de oro.

–Tiene un aura que siempre lo acompaña, ¿no?

–Son sus reflejos angelicales rubios. Eligieron un buen nombre para él. ¿Por qué tiene ese color cuando el resto de nosotros heredamos el tono de papá y mamá? –y para enfatizar lo que decía, revolvió el cabello oscuro de Zed.

–Aleja tu mano si quieres conservarla –dijo Zed dándole un puñetazo a la palma de su hermano.

Trace sonrió.

–Todavía odias eso... Es bueno saberlo –agitó los brazos para mostrarle a Uriel dónde lo estaban esperando–. Algunos de mis compañeros pagan una fortuna para tener reflejos como los de Uri. Pero ninguno lo admite.

Zed los detestaba profundamente.

–Los reflejos son para las chicas.

–Díselo a los *fashionistas* en Denver.

–Las palabras *hombre* y *moda* no deberían estar en una misma oración –Zed, cínico por naturaleza, sospechaba de todo lo que los estilistas ofrecen para hacer creer a los chicos que deben esponjarse y gastar miles de dólares en su imagen personal. Todo es una trampa, cuyo principal objetivo es ganar dinero.

–Xav discreparía contigo en ese punto –el quinto hermano, Xavier, tenía más ropa que el resto de los Benedicts, sin contar a su madre.

–Es un caso perdido. Pero pensé que tú eras inmune a esas cosas. ¿Estás siendo más flexible ahora que vives en la ciudad? No me digas que has tenido, ¿cómo lo llaman?, *manscaping*.

Trace río entre dientes.

–Oh, sí. Eso es tan propio de mí. ¿No te habías dado cuenta? –de todos los hermanos, él era el que tenía más barba y vello en su pecho. Si alguien se le acercaba para depilarlo, las cosas no terminarían bien–. Hey, Uri, descansa un poco.

–Gracias por esperarme, chicos –dijo Uriel quitándose el sudor de la frente.

–No hay problema. No me perdería esto por nada en el mundo –dijo Zed–. ¿Cómo dejaría pasar esta gran oportunidad *espontánea* de tener a mis dos hermanos mayores diciéndome cuán idiota soy?

–Ah, ¿tú crees que tenemos una intención oculta? –preguntó Xav mientras apoyaba su bicicleta contra la moto de Zed.

–No te gastes en explicarlo. Ya sé cómo fue todo: mamá y papá están preocupados y como no pueden hablar conmigo, les pidieron a ustedes que hagan el trabajo sucio cuando vinieran a visitarnos. ¿Qué ha cambiado?

–El único que ha cambiado eres tú. ¿Qué está pasando dentro de tu cabeza, Zed? Eres grosero con todos: los profesores, mamá, papá. Cielos, incluso con los clientes de la escuela de rafting. Ya no colaboras, a menos que te obliguemos.

Zed ya conocía ese discurso, pero no podía hacer nada para que las cosas fueran diferentes. Estaba cambiando y lo sabía. Pero ellos no lo entendían. Las cosas que vieron juntos, los crímenes que su familia ayudó a investigar. Todo quedaba en él como sangre viscosa y caliente en sus manos. Se sentía como la dama de *Macbeth*, que intentaba limpiarse las manchas, pero se volvía loca cuando no podía quitárselas. Cuando conocía a alguien nuevo, lo primero en lo que pensaba era en los crímenes que esa persona podía cometer, en su lado oscuro, no en su lado bueno. No podía contar esto, ni siquiera a sus hermanos. Sonaría débil, como si confesara que no es lo suficientemente hombre para ese trabajo. En la preparatoria, donde ya tenía una gran reputación de rebelde, había aprendido que era mejor la ofensiva que la defensiva.

–¿Te desilusioné, hermano? –se burló Zed–. ¿Solo porque no quiero luchar contra el crimen como ustedes, héroes?

–Sabemos que lo pasaste realmente mal cuando intentaste hacer que despidieran al maldito señor Lomas, pero esa injusticia no debe hacer que dejes de luchar por lo que creemos.

–¿Y en qué creemos exactamente? –Zed quería largarse de esa discusión. Todavía se sentía pésimo cuando pensaba en cómo había fallado cuando intentó frenar al nuevo profesor, el señor Lomas. Abusaba de su cargo para hacerle la vida imposible a un estudiante de primer año. Él había visto lo que sucedía gracias a su don pero nadie, excepto su familia, le creyó. En cambio, lo suspendieron hasta que se comprobó que sus acusaciones eran ciertas. Cuando se reincorporó, el director no se disculpó, solo le dijo que tendría que haber “manejado su ira de una manera más apropiada”.

–En defender a las víctimas, en eso creemos.

–Suenas bien, Trace. Has prestado atención en la escuela de policías y aprendiste la jerga a la perfección

–Zed, ¿realmente te has olvidado por qué hacemos esto? –preguntó Uriel.

Zed se encogió de hombros. Estaban jugando con él al policía malo y al policía bueno, y lo estaban logrando.

–Solías estar tan entusiasmado por unirse que prácticamente rompiste la puerta para formar parte de esto.

–Quizá mamá tenía razón en detenerme. Quizá me debería haber mantenido fuera de todo.

–Tal vez, él nunca fue lo suficientemente fuerte para poder limitarse a cada uno de los crímenes que investigaban juntos, como lo hacían sus hermanos. Ellos solamente veían una parte, pero Zed lo veía como un todo y la imagen no era bonita.

–O, quizá, necesitas recordar las buenas razones por las que querías unirse –dijo Uriel extendiendo su mano.

–Hey –Zed se echó hacia atrás, dado que ya conocía la habilidad de su hermano para evocar recuerdos.

–¿Tienes miedo de recordar, pequeño? No temas. Nosotros queremos a ese chico.

A Zed le dolía saber que su hermano no estaba contento con la persona en la que ese chico se había convertido. Por lo general, Uriel era el que veía las cosas buenas en la gente y si no encontraba nada bueno en él, estaba en grandes problemas.

–Todavía soy ese chico, Uri –para demostrarlo, tomó su mano y la apretó con fuerza.

Ser el hermano menor apestaba. Zed Benedict se inclinó al lado de la puerta de la cocina, para escuchar a escondidas lo que hablaba el resto de la familia. Oía la voz de su padre, siempre firme y segura, y luego la voz de su madre que, como siempre, sobresalía con sus gimoteos de sorpresa y shock. Si su madre tendía a ser dramática, su padre era el único capaz de calmarla. Eran almas gemelas, la otra mitad de cada uno en su sentido más profundo, y su relación era la base sobre la que se había construido la familia. Zed esperaba encontrar a su alma gemela algún día, así como lo habían hecho sus padres.

Ya era demasiado. No le importaba que sus padres tuvieran una charla en privado. Lo que le molestaba era que todos sus hermanos pudieran formar parte de ello, menos él.

–Pero tengo nueve –se quejó antes de que le cerraran la puerta en la cara.

Su mamá bloqueaba la entrada. El agujerito por el que intentaba espiar estaba obstruido por la falda naranja con llamas en formas geométricas que ella llevaba puesta. Esa era su falda favorita, parecía que los animales estuvieran

hechos de *Legos*.

-Sí, mi vida. Tú tienes *solo* nueve. Tus hermanos ya son adultos.

Tenía que admitir que sus tres hermanos más grandes, Trace, Uriel y Victor, ahora eran lo suficientemente mayores como para convertirse en esa criatura incomprendible -un adulto- y para necesitar afeitarse e incluso (puaj) para tener novias. No podía entender ni para qué se molestaban. Ninguna de sus citas eran sus almas gemelas y si fueran parecidas a sus compañeras de colegio, se tendrían que reír como tontas y usar prendas sosas y brillantes. Las chicas no hablaban sobre cosas importantes como béisbol, fútbol o música -al menos, no de música verdadera- solo de alguna bandita juvenil. Sin embargo, creyó haber encontrado un fallo en el argumento de su madre.

-Yves no es grande, solamente tiene diez años.

Su madre frunció el ceño y por un momento sus ojos se nublaron. Estaba utilizando su don para ver el futuro. Conocía las señales porque él también podía hacer eso. Aunque su poder le decía que la puerta continuaría cerrada, su terquedad lo hacía pelear contra ese destino.

-Querido, en este caso, veo que necesitamos a Yves -dijo su madre, casi justificándose-. Sabes que es bueno para las cuestiones científicas. Aparte, esta es la primera vez que lo dejamos formar parte de nuestras charlas. Cuando tenía nueve, no lo dejábamos.

Zed se puso a jugar con el hilo suelto de su guante de béisbol.

-Entonces, ¿para qué necesitas a Xav? Si es un inútil, solo un buen sanador.

-Xavier no es un inútil, no permitiré que llamen inútil a ninguno de mis hijos, Zed Benedict -respondió su madre, poniéndose firme.

-Ups. Lo siento, mamá.

-Trata de no volver a decir algo así nunca más.

De mala gana, Zed apretó el puño dentro del guante.

-Pero si no puede ayudar, ¿por qué puede estar con ustedes ahí dentro?

-Porque no sería justo dejarlo fuera. Invitamos a Yves que, como tú dijiste, es más pequeño que él. Por lo cual, si lo desea, Xav también puede estar.

-Y lo deseo -Xav iba corriendo y, con sus largas piernas, saltó sobre Woodrow, el viejo perro de la familia que estaba despatarrado en la entrada de la casa. Woodrow gruñó pero no se movió.

Zed ignoró a Xav. La discusión era con su madre, no con él.

-Pero yo también quiero ayudar. Tú sabes que puedo hacerlo. Puedo ver y percibir todo. Nadie más puede hacer eso, ni siquiera tú.

Podía ver el futuro y lo único que veía era una puerta cerrada. Era tan frustrante.

-¡No es justo!

-Sí, lo es -el mayor de sus hermanos, Trace, le tocó el cabello cuando entraba, con paso largo pero con la elegancia de un luchador entrenado. Antes, en el tiempo libre que tenía cuando iba a la universidad, tomaba clases

de artes marciales. Zed detestaba que le tocaran la cabeza. Trace, a quien admiraba casi tanto como a su padre, lo estaba tratando como a un niño.

-Es que eres un niño -le dijo Victor con una sonrisa, mientras seguía a Trace hacia al desayunador.

-Deja de leer mis pensamientos -Zed no se llevaba bien con su hermano, gracias al viejo hábito de Victor de manipularle la mente para que haga sus tareas diarias. Victor lo dejó de hacer luego de que su padre lo descubriera. Pero Zed aún no se había olvidado y estaba planeando un contraataque para la próxima vez que su hermano trajera a una chica a la casa. Y lo que Zed tenía en mente era poner una rana debajo de los shorts de su hermano mientras él intentara impresionar a su chica. El súper-cool de Victor nunca podría superar la vergüenza.

-Si no quieres que la gente robe tus tontas ideas, ve y practica cómo usar tus escudos, enano.

Zed intentó utilizar telequinesis para arrojarle la caja de leche sobre la cabeza. Le iba a demostrar quién era el enano. Sin embargo, su hermano pudo desviar el ataque sin siquiera transpirar.

-Nada mal, pero también tienes que practicar esto antes de jugar con los chicos grandes.

-Vick, no estás ayudando -murmuró Uriel, quien era un campeón para Zed. Ahora que Uri había comenzado la universidad y ya no estaba viviendo con ellos, Zed lo extrañaba.

Su madre le dio lugar a Uriel y con una mirada le indicó que debía ver qué hacer para calmar las cosas. Will,

que de los siete hermanos era el del medio, entró y rápidamente percibió el ambiente tenso. Entonces, se ubicó para distraer a Victor y a Trace, y así evitar que empeoraran las cosas y que Uriel pudiera convencer a Zed.

Uri se arrodilló al lado de su hermano menor.

-Mira, Zed, sé que estás enojado, pero también sé que cuando llegue el momento, tú serás el más poderoso de todos nosotros. Aunque ellos -señaló a sus otros hermanos que estaban reunidos en la cocina- no quieran admitirlo.

Eso tenía más sentido.

-¿No quieren?

-No. Tú, amigo, eres nuestra arma secreta. Y las armas secretas no se revelan hasta que uno está completamente listo para usarlas. ¿Tú ya lo estás?

Zed se mordió el labio, pensando en lo que su hermano le había dicho.

-Supongo que no.

-Entonces, quédate en la banca por hoy. ¿Sí? Hazle compañía a Woodrow.

-Pero estoy en el equipo, ¿no?

-Claro, por supuesto que lo estás. Eres el jugador estrella del Equipo Benedict y tenemos que cuidarte.

-Genial.

-Perfecto, gracias por entender.

Luego, la puerta se cerró.

Zed se prometió que la próxima vez él estaría dentro y le demostraría a todos lo que tenía. Se acurrucó junto a Woodrow, acariciándole las orejas, justo donde al lobo

irlandés le gustaba.

-Hey, Woodrow, los chicos malos la tendrán difícil cuando los tengamos ante nosotros, ¿no?

El perro bostezó en respuesta y Zed lo tomó como un "sí".



Los recuerdos de su niñez lo acompañaron durante algunos días. Ese niño daba vueltas en su cabeza junto a otros recuerdos oscuros: los asesinatos sin sentido, los abusos y los sufrimientos a los que su familia puso fin, haciendo que el culpable fuera juzgado. Esa pizca de inocencia, el pequeño que quería pelear contra los monstruos, parecía muy débil comparada con toda la basura que estaba amenazando con borrar a Zed del mapa. Se aferró a ese niño, como lo haría una persona que se aferra de una roca para no caer al precipicio...

—¿Vienes a la clase de Música? —preguntó Yves mientras se preparaban para ir al colegio—. Empieza a la hora del almuerzo.

Ser un Benedict no era sencillo con tantas personas a las que igualar. Ahora que estaba en su último año, Yves era el mejor alumno de la preparatoria, si es que no lo era de todo el estado. Parece que ser el complicado era el único papel disponible para Zed, dejándolo detrás de todos sus hermanos.

–Tal vez –Zed guardó los palillos de la batería en la mochila.

–Eres demasiado cool como para anotarte, ¿no?

–Puede ser.

Zed no iba a admitir que amaba la música. Era un hecho que iba a estar en la clase. Tocar jazz con Yves y los otros chicos de la banda era una de las pocas cosas de la preparatoria que valía la pena soportar hasta la graduación. Era una pena que el único pianista más o menos decente fuera el señor Keneally; que un profesor formara parte de la banda, provocaba que el estilo de Zed se limitara, ya que tenía que actuar como si no le gustara.

–¿No te cansas de ti mismo, Zed? –Yves colgó la mochila en la parte trasera de su bicicleta–. Debe ser difícil de mantener esa actitud cabrona con todo el mundo.

–A veces –respondió Zed y salió disparado hacia la preparatoria.

Entró al edificio con un nivel de ansiedad mayor al habitual. Los últimos días habían sido más extraños de lo normal en Wickenridge High. La mente de Zed divagaba en direcciones bizarras en los momentos menos pensados. Como unos días atrás, luego de clases, cuando estaba recostado sobre el asiento, pasando el rato con tres amigos en el estacionamiento y hablando sobre motos, y de repente tuvo la sensación de que alguien se estaba riendo de él, burlándose. Por un momento se vio vestido con un atuendo tonto, como si fuera el personaje de un cómic. Su primer instinto fue darle una golpiza a la persona que se estaba riendo, pero luego se dio cuenta de que, aunque sintiera que venía desde afuera, esa imagen estaba dentro de su mente. Era una locura.

Irritado y desconcertado (aunque no le gustaba admitirlo),

abandonó el estacionamiento a toda velocidad y fue a dar una vuelta para aclarar su mente.

Hoy todo parecía estar tranquilo. Durante las clases, no captó pensamientos de ningún desconocido. Tenía que haber una explicación. Se preguntaba si algún otro savant habría aparecido en el colegio, aunque era poco factible, ya que su madre conocía a todos los miembros de la Red en la zona. Era más probable que él estuviera al borde de la locura. Solo para corroborar que sus sentidos habían vuelto a la normalidad, al comienzo del almuerzo vigiló el edificio en busca de algún lugar donde hubiera alguna fuente de pensamientos. Pero no encontró nada. Lo único malo de esto fue que llegó tarde a la clase de Música, cuando en realidad no quería hacerlo, más allá de lo que le había dicho a Yves.

–Sr. Benedict, es muy loable de su parte unirse a nosotros.

En la sala había una ola de imágenes que provocaban que Zed no pudiera prestar atención al sarcasmo del profesor. Era como saltar a una piscina llena de superhéroes. Hizo rodar los palillos de la batería. Quería golpearse la cabeza hasta que su mente se comportara. La boca del señor Keneally había dejado de moverse, así que el sermón que no había estado escuchando debía haber terminado.

–¿Llegué tarde? –dijo, mientras se preguntaba si ese era el tema del sermón.

Yves le golpeó las costillas con el codo.

Bla, bla y algo sobre una disculpa... Zed miró al señor Keneally, mientras en su mente bailaba una imagen del profesor vestido con un traje de lycra decorado con notas musicales.

–Lo siento –eso parecía ser lo único correcto que podía decir,

dado que no había escuchado ni una palabra de lo que le había dicho. ¿Qué le pasaba?

Luego, el señor Keneally comenzó a hablarle a una chica que estaba a su lado: era rubia y pequeña, espléndida. Zed estaba seguro de que nunca antes la había visto en la escuela. Jamás se le habría escapado un encanto como ese. Parecía un retrato de Bo Peep en un libro para niños; lo único que le faltaba era el bastón y el sombrero. Zed sonrió ante esa imagen. Linda. Estaba seguro de que los chicos que la hubieran visto antes que él ya estarían buscando una forma para ser su Little Blue Boy. Basándose en su expresión tímida, seguro era el tipo de chica que saldría con el nerd lleno de granitos, solo por ser amable. Esperaba que por su bien, alguien más normal la conquistara primero. Por la manera en que Nelson Hoffman andaba en actitud protectora a su alrededor, suponía que el saxofonista del grupo de jazz ya estaba en carrera.

Ese pensamiento lo irritó.

–Zed, ven –dijo Yves, señalando la batería.

Se sentó, quitándose de la mente los pensamientos aleatorios como si fueran telas de araña. Bo Peep tocó la introducción en el piano, y su mente se centró en la melodía. Tocaba perfectamente. Se dejó llevar por la música buscando el ritmo de la pieza musical, como un gato ladrón que entra por la claraboya y, sin darse cuenta, cae en la trampa. Durante lo que duró la pieza, dejó de ser el chico malo y simplemente se convirtió en el ritmo, desapareciendo con el hechizo que el piano iba tejiendo a su alrededor. Quienquiera que fuera y de donde sea que viniera, esa chica era fantástica. Fluía junto a la música, con un toque suave, sin equivocarse, sin tocar con torpeza ni una sola tecla.

La joven provocó que todos se levantaran y dieran lo mejor de sí: Yves logró la aflicción con la armonía de su clarinete, Nelson hizo que su saxo cantara. Era la mejor experiencia musical de toda su vida pero terminó muy pronto.

–Muy bien, es más, ¡excelente! –dijo el señor Keneally con entusiasmo. Miraba a la chica rubia como si fueran todas sus navidades y sus cumpleaños–. Temo que me acaban de echar de la banda de jazz.

Zed permaneció sentado en la batería mientras el profesor continuaba comentando las novedades sobre los ensayos del coro. La chica seguía en el piano, acariciando las teclas. Lo abrumó un deseo: quería ir, recostarse y dejar que sus dedos recorrieran su cuerpo, tal como lo hacían con las teclas.

Basta, le dijo a su mente perversa. Ese no era el tipo de chica con la que saldría. Primero porque era de la ciudad y Zed siempre se mantenía lejos de todo el melodrama de las rupturas, asegurándose de que sus novias no vivieran en la misma ciudad que él. En segundo lugar, también era... tenía que encontrar la palabra indicada: pura. Sí, exacto. Era como una mariposa cuyas alas se romperían si alguien la tocara. La iba a dejar revolotear alrededor de los chicos del colegio y volverlos locos. Pero él no iba a entrar en ese juego.

Mientras todos se preparaban para irse, Yves hablaba con la joven.

–Ese idiota es mi hermano Zed.

Lo último que quería era conocer más de lo debido a Bo Peep. Sería demasiado tentador.

–Vámonos, Yves –tenía que salir de allí antes de empezar a sonreírle a la chica como un idiota. Por Dios, era tan hermosa...

Yves estaba charlando tranquilamente con ella, mientras la furia se apoderaba de Zed, que estaba a punto de explotar. Era bizarro, pero la canción de *La guerra de las galaxias* comenzó a sonar dentro de su cabeza, a pesar de que hacía años que no veía la película. Luego, escuchó que su hermano decía que él era como el bebé de la familia.

–Diablos. Gracias, hermano, estoy seguro de que ella quería saber eso –dio media vuelta y se fue. Yves lo siguió.

Cuando llegó al pasillo, se derrumbó contra una de las paredes y respiró profundamente.

Yves apretó el paso y se puso a su lado.

–¿Estás bien?

–Sí. Solo me siento un poco extraño. ¿Sentiste algo ahí dentro, alguna energía extraña?

Yves frunció el ceño.

–No. Pero no soy tan sensible para captar otras mentes como tú. ¿Es eso lo que te fastidia?

Zed asintió.

–Tengo que trabajar para mantener los escudos altos mientras estemos en el colegio.

Yves le dio unos golpecitos en la espalda.

–Buena idea... ¿Qué me dices de nuestra nueva pianista? Es increíble, ¿no?

–Sí –respondió Zed mientras se ponía la mochila.

–Si eso es todo lo que tienes para decir, tiene que ser porque estás enfermo, Zed. Es preciosa, como una pequeña Marilyn Monroe que puede tocar el piano como Oscar Peterson. ¿Estabas leyendo su mente?

Quería pedirle a su hermano que no se fijara en la chica,

pero no podía. Además, sonaría un poco exagerado: no tenía derecho a marcar territorio. Un momento, ¿qué quería decir su hermano con eso?

–¿Por qué lo dices?

–Es nueva. Vino de Inglaterra. Si tu problema es reciente, puede tener relación con ella. Quizá no está utilizando sus escudos.

–Si realmente es así, tiene una mente extraña. Incluso siendo... “preciosa”.

–Me gusta lo extraño, es aun más interesante. Me pregunto cuándo es su cumpleaños.

Zed se imaginó estampándole un pastel de cumpleaños en la cara.

–Es muy joven para ti.

–Sí, supongo. Y demasiado dulce para ti... –Yves se estaba burlando de él. Sabía que Zed intentaba alejarse lo más posible de la atracción que sentía por ella. Lo único que su hermano quería era molestarlo.

–Por eso me estoy manteniendo bien lejos.

–Mmm, déjame adivinar qué tal te está yendo con eso –Yves hizo un gesto de despedida, mientras se dirigía a su clase de Matemáticas avanzada.



Zed hizo un buen trabajo evadiendo a la chica nueva. Sin embargo, no pudo evitar escuchar algunas cosas sobre ella. Se llamaba Sky Bright. Extrañamente, el nombre le quedaba perfecto, dado que tenía una naturaleza etérea, y un matiz soñador en su mirada. No la estaba investigando ni buscando información sobre ella entre sus amigos. Al menos, no mucha. Pero Sky impresionaba a todos los estudiantes, gracias a su acento inglés y a la forma en la que veía la vida escolar. Zed ya había escuchado muchos comentarios, que todos repetían como si fueran un chiste, aunque él tenía la sospecha de que eran lo que en tenis se llaman “errores no forzados”. Estaba bien. Tenía controlada su atracción por ella. La zona prohibida que se había autoimpuesto alrededor de Sky había aplacado un poco la gran ansiedad que sentía cuando ella estaba cerca.

La noche en la que tuvo la premonición todo cambió radicalmente. Su poder para ver el futuro se manifestaba en

pequeños flashes mientras estaba despierto, pero a veces podía ver toda una secuencia desarrollándose en su mente como el trailer de una película, anticipando lo que el futuro deparaba. Los momentos previos a irse a la cama eran los más complicados, ya que en su mente aparecían distintos flashes de Sky.

Estaba caminando al lado de la chica nueva por una calle de la ciudad que no conocía muy bien. Parecía una escena tranquila hasta que se escucharon gritos. Pudo ver un cuchillo y sangre... mucha sangre. Terror. Luego, se dio cuenta de que los gritos provenían de Sky.

Volvió a la normalidad sobresaltado, con el corazón golpeando contra su pecho. Se sentó, se quitó las mantas y se acercó a la ventana, intentando calmar su respiración. Fue en vano: parecía que estaba en llamas. Así que se puso la camiseta y bajó las escaleras para tomar un poco de agua fría.

—¿Te sientes bien, Zed?

No se había dado cuenta de que su padre estaba sentado en una esquina de la sala. Por la vela que tenía a su lado, Zed dedujo que se estaba tomando un momento para meditar, como hacía siempre que estaba preocupado. Sus raíces americanas eran totalmente evidentes en esos momentos, tenía la mirada ensombrecida por los pensamientos profundos y llevaba su largo pelo oscuro sujeto hacia atrás con plumas. Zed esperaba no ser el responsable del insomnio de su padre.

—Sí. Estoy bien.

—Por favor, no me mientas.

La mano de Zed tembló mientras el hielo repiqueteaba dentro del vaso.

—Una premonición, eso es todo. No es la primera que tengo.

–¿Mala?

–Muy mala.

–¿Hay alguien que conozcamos involucrado?

–La chica nueva –tomó un trago–. Vi cómo la atacaban.

–¿Una chica nueva?

–Sí... Yves debe haberla mencionado. Es pianista.

Su padre sonrió por un momento.

–Ah, sí. Mencionó algo al respecto. Se preguntaba si conocíamos a sus padres, si eran parte de la Red.

–¿Son miembros de la Red?

–No.

–Pensamos que quizás ella estaba emitiendo señales.

–Tal vez eso explica por qué tuviste esa visión. Tu don debe haber captado sus pensamientos, alertándote.

–Supongo...

El hombre puso las manos sobre su pecho, mientras se observaba tranquilamente en el espejo del armario. Zed recordaba los viejos tiempos, cuando era pequeño y solía subirse al regazo de su padre.

–¿Qué vas a hacer?

Era típico de él dejarlo ser “adulto” y tomar sus propias decisiones. Sus padres siempre fueron defensores de permitirles a sus hijos ser dueños de sus elecciones, incluso cuando Zed optaba por caminos que sabía que a ellos no les gustaban. Aun así, no había mano dura para los hermanos Benedict. Ellos creían que de esta manera, a la larga, sería mejor. Así sucedió con Trace y Victor, que solían ser rebeldes, pero rápidamente se transformaron en pilares para la sociedad. Sin embargo, Zed no estaba seguro de que con él funcionara de esa manera.

–Estaba tratando de evitarla... por sus pensamientos.

–¿Pero...?

–Pero creo que debería seguirla de cerca, advertirle si tengo ocasión.

–Es una buena idea. Sabes que tenemos que proteger a las personas que se cruzan en nuestro camino, y más aún si se trata de una chica rubia, pequeña y dulce, que logra llegar a lo más profundo de ti.

–¿Yves te dijo eso?

Su padre no utilizaba ese tipo de expresiones.

–Sí, me dijo que eres diferente cuando estás cerca de ella. Que no estás seguro de tus movimientos. Cuídala, Zed. El futuro no es tan claro como tu visión te hace creer –repuso con un brillo divertido en los ojos.

–Lo sé, papá. Ya he cometido suficientes errores como para no saberlo.

–También espero que sepas que estoy orgulloso de ti.

Zed se dio cuenta de que su padre estaba destacando algo bueno sobre él. Luego de que durante meses su relación había estado llena de desaprobaciones, se sentía bien estar de nuevo en el *buen camino*.

–Gracias. Daré lo mejor de mí.

–Eso es exactamente lo que esperamos, Zed.

Vigilar a Sky resultó ser un entrenamiento fascinante. Siempre aparecía de pronto por Wrickenridge como Alicia lo hacía en el País de las Maravillas. Sin embargo, ni se imaginaba que Zed la seguía de cerca, cada vez que ella salía luego del atardecer. Por otro lado, Zed estaba en lo cierto: la naturaleza dulce de

Sky la hacía ver inocente ante la mirada de los chicos malos de la ciudad. Una vez ya la había visto atrapada en medio de una conversación con la entrometida señora Hoffman y había sido divertido verla intentando trepar a la estantería para ayudarla a agarrar un frasco de mayonesa que estaba fuera del alcance de la mujer. Zed tuvo que usar la telequinesis para evitar que se cayera una montaña de frascos, cuando Sky golpeó uno de los envases. Luego de eso, ella aprovechó para escapar de la mujer, dejándolo solo con la señora.

Caray, gracias Bo Peep.

Una noche, por primera vez, Sky había notado que él la seguía. Cuando Sky lo evitó y se dirigió hacia su casa, Zed, molesto, aceleró la motocicleta y obtuvo como premio una expresión de sorpresa de Sky. Lo único que deseaba era que dejara de andar por la calle durante la noche: todo en Sky gritaba que era un blanco fácil para cualquier persona con intenciones malignas.

Durante el fin de semana, Zed se tomó un descanso, relegando a Sky para ocuparse de sus padres. Hacía poco había vivido una situación de mucha angustia junto con su familia, cuando se vieron envueltos en un tiroteo por un tema de drogas en el que murió un niño. Por lo cual, tenía que poner un límite en el tiempo que pasaba vigilando a Sky o se volvería loco.

Cuando sus caminos se volvieron a cruzar en lo que Zed consideraba su paraíso personal, las minas del pueblo fantasma en la ladera de las montañas que quedaban sobre Wrickenridge, Zed no actuó bien. Ese era el lugar al que usualmente iba a pensar, ya que las viejas y descuidadas cabañas y la vista que tenía desde ese lugar lo tranquilizaban. Cuando la vio, intentó advertirle, pero todo salió mal y Sky se fue quedándose con la

impresión de que él era un perverso o una persona muy rara. Tendría que haber dado ese paso en otro lugar, cuando hubiera más gente, para que ella se sintiera segura. Pero en lugar de eso, lo único que logró fue espantarla.

Durante todo el camino a su casa se castigó por su error.

La próxima vez que se encontraron fue incluso más desastroso, si es que eso era posible. Sky estaba entre los alumnos que habían elegido hacer rafting y gracias a las disposiciones de su padre, quedó sentada al lado de Zed en el bote. Estar tan cerca de ella provocaba que recibiera todos sus pensamientos ininterrumpidamente, como si cambiara de canal constantemente: ansiedad, terror, flashes de dramas inventados por ella. Hacía que él se distrajera demasiado...



Zed se puso el calzado deportivo en el vestuario de los hombres. Estaba ansioso por pasar una tarde sin clases. La escuela siempre reservaba una tarde de los meses de otoño para que los estudiantes de la preparatoria pudieran jugar al fútbol y así promover el espíritu de equipo. Era divertido ver a todo el curso trabajando en conjunto, cuando durante todo el año estaban peleando unos con otros.

–Ok, caballeros –dijo el señor Joe mientras entraba con una hoja impresa en la mano–. Aquí están los equipos. Ya escogí a los capitanes, así que no hay lugar a discusiones. No se trata de ganar. El objetivo es alentar el espíritu de colaborar en equipo, todos juntos. Recuerden que la honra en la derrota es tan loable como la humildad en la victoria.

–Ese siempre es nuestro caso –señaló Sean. Todos los chicos estaban ilusionados con evitar la vergüenza de salir últimos, ya que si eso sucedía, tendrían que soportar las bromas durante

el resto del año. A diferencia de Las Vegas, lo que sucede en el campo de juego no se queda en el campo. Sean se abrió camino entre sus compañeros para llegar a ver la lista-. Perfecto, estoy en el equipo de Zed.

-¿Soy capitán? -preguntó Zed acomodándose las canilleras.

-Por supuesto.

-¿Contra quién jugaremos primero?

Sean recorrió el fixture con el dedo y comenzó a reír.

-Esto es genial. Jugaremos contra el equipo B y adivinen quién es el capitán.

Zed tenía un sentimiento extraño.

-No lo sé.

-Esa chica inglesa, Sky Bright. Creo que en este partido usaré mucho el contacto corporal.

-Mi equipo juega limpio -dijo Zed poniéndose de pie.

Sean levantó las cejas.

-Te prometo que seré muy amable... eh... y respetuoso de su persona. Me aseguraré de que caiga sobre mí, será como caer sobre un cojín.

-Esto es fútbol, no rugby.

Sean frunció el ceño.

-Sí, ya lo sé... estúpido juego.

Zed no le tenía nada de confianza a su compañero. Sin embargo, se alivió un poco cuando vio que Sky decidió ocupar el puesto de arquera. Zed ganó el sorteo y rápidamente hizo ubicar a los miembros de su equipo dentro del campo. Los conocía muy bien a todos y sabía que solo contaba con dos jugadores buenos, el resto era mediocre. Por el contrario, Sky parecía estar teniendo algunas dificultades en su lado.

–Esto será como ir a dar un paseo al parque –dijo Sean burlesonamente.

–Tranquilos, ¿ok? –les ordenó Zed.

A pesar de haberles pedido lo contrario, todo el equipo comenzó a mostrar sus dotes en el juego. El team de Sky tenía solo dos jugadores con una mínima idea de cómo jugar –Nelson y otro chico llamado Neil–, pero ya habían perdido la esperanza, puesto que Zed y su equipo no dejaban de atacar. Cada vez que le hacía un gol a Sky, se sentía más y más abatido. Ni siquiera tenía que esforzarse; ella simplemente no había nacido para ser arquera.

Luego se distrajo unos momentos imaginando sus brazos alrededor del cuerpo de Sky y eso le permitió a Nelson pasarlo con la pelota. Se abrió camino a través de los defensores y anotó un gol. Zed estaba agradecido, al menos ahora el marcador se veía menos triste con un 10 a 1.

Los jugadores se reunieron a su alrededor en el entretiempo. Estaban muy animados, ya que sabían que terminarían siendo el mejor equipo. Muchos de los jóvenes menos atléticos podrían disfrutar y festejar durante el resto del año, porque habían jugado un partido con las estrellas del equipo de fútbol escolar. En parte, esa era la razón por la que los profesores organizaban esta actividad: así podían romper esa barrera entre los deportistas y el resto del curso.

–¿Tienes algún consejo, Zed? –preguntó Sean.

–No, chicos. Lo están haciendo muy bien. No tienen oportunidad de alcanzarnos, así que vayamos tranquilos. ¿Sí?

Sean entornó los ojos.

–No estoy de acuerdo. Estoy disfrutando de ver a la pequeña

rubia hacer el ridículo en el arco.

Zed se preguntó por qué consideraba a Sean su amigo.

–No se lo hagamos más complicado –le dijo.

–Yo pensaba que querías vengarte de ella, luego de que te humillara en el estacionamiento.

–¿Vengarme? De ninguna manera. Esa fue la mejor mañana de todo el semestre. Vamos, terminemos con esto –dijo Zed. Luego chocó su mano con la de cada integrante del equipo y salieron al campo de juego. Ahí fue cuando vio a Sky dirigiéndose al mismo arco donde estaba antes.

–Hey.

–¿Y ahora qué quieres? ¿Me vas a restregar en la cara que soy una inútil? No te preocupes, mi equipo ya lo ha hecho.

Zed observó por encima de su cabeza, mientras estrujaba mentalmente a las personas que habían llevado a Sky al borde de las lágrimas. Con una rápida mirada al equipo, ya podía dilucidar quiénes habían sido los responsables de ello: Sheena, una de las líderes de las porristas, tenía una lengua afilada y detestaba perder.

–No, Sky. Solo quería decirte que, en el segundo tiempo, tienes que ir del otro lado.

Ella bajó la cabeza y se dirigió hacia el otro extremo del campo. Zed podía sentir su vergüenza. Luego, se puso a trotar junto a Sheena.

–Dale un respiro –le dijo a la chica.

–¿Qué? –Sheena estaba shockeada por cómo Zed había notado las internas de su equipo–. ¿A ella? ¿Por qué?

–Es nueva...

–¿Y qué? Es un desastre.

–Ella no se autoproclamó capitana.

–Debería haberse negado cuando se lo dijeron.

–¿Y sabía que podía hacerlo? –Zed se ubicó en su lugar en el centro del campo, dejando a Sheena pensativa.

El segundo tiempo fue peor para el equipo de Sky, si es que eso era posible. Nelson estaba cada vez más agitado, pero ninguno de sus esfuerzos para obtener la pelota servía, ya que no tenía demasiado apoyo de sus compañeros. Estaba a punto de rendirse.

Luego, Sheena le cometió una falta a Zed dentro del área. Eso le daba la oportunidad de patear un penal. Genial. Quería agradecerle a Sheena por lo que había hecho, porque ahora podría mejorar el día de Sky. Recordaba cómo había reaccionado cuando utilizó telepatía el día que ella se había caído del bote. ¿Podría hacer lo mismo una vez más para que ella atajara el penal? Se puso en posición, como si eso fuera realmente importante para él. Una ola de vítores se mezcló con una serie de burlas que provenía de las gradas. Iba a ensuciar su imagen de chico duro, pero pensaba que el sacrificio valía la pena con tal de ver sonreír a Sky.

Arrójate hacia tu izquierda.

Sky se restregó la frente. Sí, definitivamente había sentido algo. Solo esperaba que le hiciera caso.

Arrójate hacia tu izquierda.

Tomó carrera discretamente y pateó la pelota como si fuera un niño, dándole a Sky la oportunidad de atajarla. Ella no estaba mirando, solo se lanzó hacia el lateral izquierdo. La pelota dio contra su estomago, y ella se curvó a su alrededor.

En estado de shock, la multitud comenzó a festejar. Sky había atajado el penal.

Zed miró al suelo y sonrió. Sabía que él lo había hecho a propósito. Sky parecía anonadada, miraba a sus amigos en las gradas como si necesitara una confirmación de que todo era real.

Zed se acercó trotando.

–¿Te encuentras bien? –le pregunto, tendiéndole la mano.

–Lo atajé.

–Sí, lo vimos –no pudo evitar sonreír. Ella estaba tan confundida. Luego, la ayudó a ponerse de pie.

–¿Me ayudaste?

Tema complicado. Zed no quería arruinar su felicidad.

–¿Y por qué haría semejante cosa? –le dijo. Luego dio media vuelta y se alejó.

Muchas gracias, oh todopoderoso.

La voz de Sky estaba en su mente. Zed se detuvo en seco, sentía como si estuviera caminando en las nubes. Su pasado, su presente y su futuro estallaron en pequeños pedacitos.

Giró y la observó.

La pequeña rubia, la que le había quitado el sueño durante la última semana, era ella... su alma gemela.

La luz iluminó todo su interior, hasta esas esquinas más oscuras. Fue como si las cortinas se abrieran de golpe y una brisa fresca se llevara todos los malos sentimientos. Sus deseos de gritar se transformaron en una inmensa alegría interna.

–Zed, ¿estás listo para volver al juego? –le preguntó el Sr. Joe.

¡Cielos!, estaba más que listo. Sky Bright no tenía idea de qué tan listo estaba. Las reglas habían cambiado y ahora ella formaba parte de su equipo.

Todo lo que tenía que hacer era decírselo...

Sobre la autora

Joss Stirling vive en Oxford. Siempre le ha fascinado la idea de que la vida es más que lo que vemos en la superficie. Mientras realizaba las investigaciones necesarias para su novela *Sky*, viajó por los sitios donde transcurre la historia. Recorrió el paisaje formidable de las montañas Rocallosas, hizo rafting en los ríos y admiró el perfil artificial de la ciudad de Las Vegas.

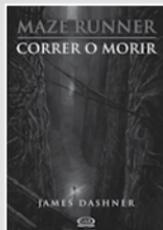
En este caso nos presenta *Zed*, la otra cara de esta gran historia de amor.

Para saber más sobre ella, ingresa a www.jossstirling.com

Las mejores sagas están en V&R

MAZE RUNNER

James Dashner



Correr o morir
Prueba de fuego
La cura mortal
Virus letal
Expedientes secretos
Bienvenidos al Área

 SAGAMAZERUNNER

FIRELIGHT

Sophie Jordan



Chica de fuego
Vanish. Chica de niebla
Hidden. Chica de luz
Breathless. Chica de agua

 SAGAFIRELIGHT

INSIGNIA

S. J. Kincaid



Insignia
Vortex

 SAGAINSIGNIA

PARTIALS

Dan Wells



La conexión
Fragmentos

 SAGAPARTIALS

COLORES VIVIENTES

Jaclyn Moriarty

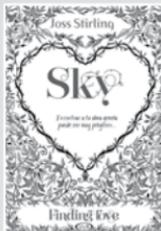


La grieta blanca

 SAGACOLORESVIVIENTES

FINDING LOVE

Joss Stirling



Sky
Phoenix
Crystal
Zed

 SAGAFINDINGLOVE

ASYLUM

Madeleine Roux



Asylum

 SAGAASYLUM

CAMINANTES NOCTURNOS

J.R. Johansson



Insomnia

 VREDITORASYA



www.vreditoras.com

¡Tu opinión es importante!

Esríbenos un e-mail a miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el "Asunto".

Conócenos mejor en:

www.vreditoras.com

Para saber más sobre la saga *Finding Love* ingresa a:

 facebook.com/SagaFindingLove

Para formar parte de nuestra comunidad de lectores, entra a:

 facebook.com/VREditorasYA